

A L O N E

PROLOGO A

PRESENCIA DE OMER EMETH EN LA LITERATURA CHILENA

Veinte años trascurridos desde la muerte de don Emilio Vaïsse —1935— permiten ya ver los contornos de su recia figura y el influjo que ejerció en nuestra evolución literaria, durante el medio siglo.

Mientras él estaba ahí, presente, sabía-se, de seguro, el sitio que le pertenecía, el amplio espacio en que su prestigio desplazaba y no se podía discutir la autoridad de su palabra; pero los juicios de los contemporáneos nunca dejan la perspectiva exacta y, por uno u otro lado, pecan.

Hoy que él nos falta materialmente, cuando sus discípulos y amigos van envejeciendo, cabe definir mejor los resultados de su enseñanza y parece oportuno evocar su vida y su obra.

La señorita Marina Yutronic Cruz nos ofrece para ello una oportunidad que consideramos excelente: lo ha estudiado dentro de su espíritu, sin ambiciones monumentales, con seriedad, a conciencia y, por lo menos en un aspecto, hasta límites exhaustivos: la bibliografía que ha hecho de Omer Emeth parece difícil de ser superada y habría contentado al propio Don Emilio.

Por lo demás, dentro de su marco de memoria de prueba para optar a un título universitario, este trabajo sin reproche tiene algo de su espíritu: está libre de frondosidad y lo anima interiormente una admiración sólida, afectuosa; los hechos son precisos, las fechas, exactas, las citas, oportunas y expuestas en un tono de rigor militar o eclesiástico, acaso más militar que eclesiástico de acuerdo con su carácter. Don Emilio refería que en el Seminario le reprochaban no tener el modo de andar de los clérigos sino cierto "dandinement" marcial, como si llevara al cinto una espada.

¿Cómo ha llegado la autora, sin haberlo conocido personalmente, a compenetrarse tanto de su manera que la simple cadencia de su frase lo evoca?

La explicación prueba, a la vez, el acento que tenía el modelo y la sensibilidad de su retratista: nació ella en un viejo pueblo del desierto, San Pedro de Atacama, donde él fué muchos años Párroco; la señorita Yutronic oyó hablar de Don Emilio desde la infancia, tuvo a la vista las huellas que había dejado, sintió los recuerdos que suscitaba y recibió profundamente la impresión que había grabado en el alma de sus feligreses.

De ahí su culto por él.

\*  
\* \*

Don Emilio Vaïsse, que tanta celebridad daría a su seudónimo hebraico Omer Emeth (Yo soy el que dice la verdad), nació en el sur de Francia, el 31 de Diciembre de 1860, ingresó muy joven a la orden de los Padres Lazaristas de París y se ordenó sacerdote a los 24 años de edad.

A los 26, lo enviaron a Chile.

Gustaba él recordar que, por entonces, todas las noticias que tenía de nuestro país reducíanse a dos palabras, pero palabras mágicas: una era Valparaíso, el Valle del Paraíso, el camino que va al Paraíso, en todo caso, algo paradisiaco que no podría aplicarse sino al más bello puerto del mundo; la otra era Curicó, palabra para él con resonancias de Jericó y perfume de rosas bíblicas.

No era mucho.

Pero no bien le notificaron el destino de su misión, la formidable curiosidad del futuro Averiguador Universal púsose en movimiento y ya puede calcularse que, antes de mucho, sabía sobre nosotros mucho más que muchos de nosotros mismos.

Era don Emilio, cuando le conocimos, ya maduro, hombre de maciza estampa, no alto de estatura, pero bien hecho y vigoroso, corta la nariz, la cabeza algo cuadrada y unos ojos grises de mirar directo.

duros al principio y fijo, pero que pronto se reían y no tardaban en ablandarse con un afecto paternal, conquistándose la simpatía por su franqueza.

El año 1889, a los 29 años de edad, una afección pulmonar lo amenazó: diéronle el curato de San Pedro de Atacama, al pié de los montes, clima alto y seco, poca gente, indios, piedras, cobre, azufre, y ¡tedio! el inenarrable tedio, para un hombre activo y culto, de la soledad mental, de la ausencia de toda posible conversación entre iguales.

Temiendo enloquecer, dióse a profundizar sus estudios de los clásicos griegos y latinos y emprendió la tarea desesperada de construir un diccionario latino-hebraico que nunca debía publicarse, que probablemente él sabía superfluo y destinado a permanecer inédito, pero que lo libraba del vacío vertiginoso, dándole una apariencia de objeto vital.

"El mundo de las ideas y de los libros —escribe la señorita Yutronic— absorbía la atención de don Emilio, mas no lo apartaba del contacto directo y persistente con todas las manifestaciones de la existencia. Así, pues, él no descuidó su ministerio sacerdotal en detrimento de las almas de su parroquia. Hombre de fe profunda, vehemente en la acción, emprendió la tarea de la vulgarización del Evangelio con ánimo fuerte y batallador".

Porque, aunque intelectual y aún cerebral perfecto, don Emilio necesitaba la acción y no desdeñó los trabajos manuales: sus amigos conocían bien el aparato que, no sin orgullo, les mostraba, construido por sus manos, para escribir en cama, provisto de ruedas que permitían retirarlo fácilmente y de un atril con sitio para suficientes libros.

En San Pedro de Atacama hizo reparar la iglesia de la parroquia, adquirió ornamentos y vasos sagrados, levantó la casa que aún existe, creó un libro de comunicaciones oficiales donde se pueden hallar interesantes datos y, en caso necesario, emprendía por el desierto largas caminatas a caballo para desempeñar su ministerio.

"He vivido más de tres años en la Cordillera del Norte —escribía después— he recorrido en largas y pesadas caminatas sus "cañones" y he pernoctado cien veces en sus cuevas, cuando no al abrigo de sus pe-

ñas. Llené mis ojos de sus esplendores y sus horrores, su magnificencia colosal y su tristeza abrumadora, el eterno quejido del viento en las cumbres, la desolación infinita que mana de ella, a pesar del infinito derroche de color y de fuerza. Todo eso lo conservo en mi memoria".

Una vez, yendo camino de unas misiones, el poderoso viento lo extravió y anduvo tres días y tres noches por los arenales sin límites ni senda, muerto de hambre, cansancio y sed, únicamente sostenido gracias a la energía de sus treinta años y a su fe. Dándole cuenta de la aventura al Vicario de Antofagasta, escribe: "Por mi parte, creo que todos mis esfuerzos hubieran sido inútiles a no haber intervenido Dios por medio de la Santísima Virgen y de esta admirable Juana de Arcó", la valiente heroína que don Emilio, buen francés, ya había, desde entonces, canonizado.

\*  
\* \*

Desde 1886 hasta 1906 o sea desde los 26 hasta los 46 años, podría decirse que dura la época preparatoria de Omer Emeth: un período en que el futuro gran crítico se forma asimilando toda clase de materiales, aún los más heterogéneos. Porque don Emilio no ingresó joven al periodismo: llegó casi con tantos años como los que contaba Bello cuando al arribar a Chile. Durante esa etapa que él llamaba "pre-mercurial", solía descubrir, haciendo un balance, "bona mixta mali": fué una edad de plenitud física y de esfuerzo, viajes al Perú, misiones en Chillán y Valparaíso, capellanía de la hacienda Pirque de la familia Concha Subercauseaux, sermones y lecturas, ministerio sacerdotal y ministerio pedagógico, hasta recalcar en el Hospital de San Vicente de Paul, atendido por Hermanas de la Caridad, compatriotas suyas. Allí estaba, en silencio, el año 1906.

Su "descubrimiento" se debe, primero al doctor Fernández Peña, estudiante de medicina, ya anti-alcohólico y propagandista; en segundo lugar, a don Agustín Edwards Mac Clure que, por un solo artículo anónimo, lo adivinó.

"... a invitación e instigación del Dr. D. Carlos Fernández Peña —escribe la señorita Yutronic— don Emilio apareció

por primera vez en el escenario de la vida intelectual chilena, en el Ateneo de Santiago, dictando una conferencia sobre la Biblia y la ciencia. . . Al día siguiente, Viernes 30 de Noviembre de 1906, apareció en la primera página de *El Mercurio* de Santiago, un extracto de esta conferencia escrito por el propio don Emilio Vaïsse. Dicho artículo entusiasmó a don Agustín Edwards Mac Clure quien descubrió en su autor a "un periodista de nacimiento".

O sea, esta especie de héroe: un hombre culto, inteligente, sagaz y dotado de fe en el público, por lo menos en la posibilidad de cultivarlo y volverlo inteligente, un emotivo intelectual, vibrante al menor soplo, pero capaz de resistir decenios el más duro trabajo entre los ataques, a veces feroces, de la jauría; alguien, por fin, predestinado conscientemente a ser una especie de misionero que sacrifica el mundo a su obra, que se inmola en homenaje a desconocidos, a la legión de seres despertados a la vida intelectual por su palabra y a quienes, probablemente, nunca verá, cuya existencia sólo presente y que, con seguridad, después de exprimirlo, cuando muera, lo olvidarán.

Imposible que a la clarividencia de don Emilio se ocultara semejante porvenir. No era hombre con demasiadas ilusiones.

Aceptó, sin embargo, su cruz, se la echó al hombro y con ella anduvo casi treinta años, hasta que cayó.

En estas Memorias viene un capítulo como hecho para calcular cuánto pesaba: la bibliografía.

Ningún fiel lector de Omer Emeth habrá olvidado la trascendencia que él atribuía al índice. Un libro que no lo poseyera corría en sus manos serio peligro. El índice metódico, escrupuloso y total, presta al lector los servicios que al navegante la carta de marear: le impide perderse en el océano infinito. Don Emilio fundó y sostuvo con grandes esfuerzos la *Revista de Bibliografía Chilena y extranjera* en la Biblioteca Nacional; con gran tristeza se avino a reducirla más tarde a la sola bibliografía chilena y nunca pudo resignarse a su desaparición. Amaba los datos, las fichas y sus indicaciones "con concupiscencia". Sentado en su escritorio, entre diccionarios de varios tipos, en varios idio-

mas, con toda clase de textos a su alcance, manejando a sus anchas "El Averiguador Universal", sección por él fundada y que llevó a gran prestigio, don Emilio era la providencia de los estudiantes y la generosa fuente a donde iban a beber todos los curiosos de sabiduría.

La señorita Yutronicó ha satisfecho ampliamente esa predilección suya.

La sola y amplia lista de los artículos de Omer Emeth constituye una proeza realizada opulentamente: desde la carta dirigida al Vicario de Antofagasta por el señor Cura Párroco de San Pedro de Atacama sobre su extravía en el desierto hasta el artículo "Fils à Papá", son en total dos mil seiscientos cincuenta y ocho títulos sobre todos los temas imaginables, literarios, históricos, técnicos, filosóficos, teológicos, religiosos, industriales, mecánicos, etc. Nada falta allí y la puntualidad de la anotación es perfecta. Si Omer Emeth volviera a la vida, lo que acaso podría obtenerse mostrándole este índice, la autora recibiría la más competente de las felicitaciones.

Una obra ciclópea aparece ahí, la que sólo fué posible, en primer término gracias a las sangre europea de don Emilio. Los criollos del nuevo mundo rara vez tienen esa continuidad, esa constancia, ese orden parejo, ese entusiasmo sostenido. La mezcla de razas los desarticula. En segundo término, está el ambiente. Alguien adivinó que ese sacerdote —docto en lenguas muertas— iba a resultar uno de nuestros máximos periodistas, un escritor con el don rarísimo de interesar a cualquiera en los asuntos más dispares, simplemente por su modo sin énfasis, digresiones ni solemnidad, yendo derecho al grano, que siempre tenía algo que decir y lo decía.

No era Omer Emeth de los que cortéjan al público poniéndose a su nivel, pero tampoco de los que intentan deslumbrarlo con su erudición.

Los lectores lo sintieron.

A poco de adoptar su seudónimo —en una de las llamadas "suertes bíblicas"— hizo conocido, luego famoso; se le buscaba, se notaba su ausencia, se transmitían de voz en voz sus comentarios. Una corriente mental iba estableciéndose entre la masa anónima, ansiosa de saber, y él, erudito y claro, versado, natural, que lo había leído todo y hablaba con sencillez.

Puede afirmarse que esa corriente de simpatía pública fué lo que mantuvo a Omer Emeth tan prolongado tiempo.

Porque además del sueldo visible y de los patronos conocidos, el escritor obedece a un gran señor oculto, sin nombre: sus lectores, y recibe de ellos un salario que los demás trabajadores ignoran y que puede llamarse realmente "vital".

La acción de Omer Emeth se ejerció, como sucede con los críticos, en dos campos.

Primero, directamente, sobre los autores, corrigiéndolos, dirigiéndolos, estimulándolos, sobre todo con el ejemplo, siempre la mejor de las lecciones. Cerebro moldeado en la tradición clásica, más latino que griego, don Emilio no se entusiasma fácilmente con las escuelas nuevas que le parecían dudosas; pero, hombre de otras tierras a quien las nuestras deslumbraban, quiso verlas en la literatura y admirar en las novelas y los cuentos el campo, la cordillera, los bosques y los desiertos, en suma, el paisaje de Chile, montañoso o marino, con sus peculiaridades y sus habitantes característicos. De ahí salió la escuela criollista. En ella Omer Emeth habría podido decir que también hallaba, como en cierto período de su propia vida, "bona mixta mali".

Pero el influjo de los críticos sobre los autores reconoce límites bastante estrechos. La mayoría tiende a sublevarse. Las grandes corrientes literarias que tienen un siglo provienen de poetas o artistas de imaginación poderosa y sensibilidad vehemente; el crítico usa una herramienta demasiado intelectual, no emplea elementos contagiosos o embriagadores.

La señorita Yutronic lo observa: "El novelista —dice— debe apuntar al corazón, más que a los ojos del lector. Para éste, el paisaje moral (la comedia o la tragedia de la vida) pasa ante todo. El paisaje físico es un mero telón de fondo que no debe absorber la atención a expensas del otro. Cuestión de proporciones, de moderación y como decían los griegos, de "mesura". Hé ahí la doctrina de Omer Emeth y el plano en que influyó. No hay que ir más lejos. El criterio equilibrado, el culto por la claridad y la sencillez, el amor a la cordura y al buen gusto son las virtudes que ensalzó y basta enumerarlas para advertir

que la literatura chilena posterior a Omer Emeth distó de someterse a sus enseñanzas. Más bien hizo lo contrario.

En cambio, en el otro terreno donde se desarrolló su acción, el campo de los lectores y aficionados a las letras, el de la gente media, culta, curiosa, la presencia del crítico de El Mercurio resulta decisiva y profundamente eficaz. Todo contribuye, desde el primer momento, a establecer su prestigio: la vieja tribuna en que hablaba, su investidura sacerdotal, su origen extranjero, la leyenda, por lo demás fundadísima, de su inmensa cultura, de los incontables idiomas que poseía, entre ellos el latín, el griego y el hebreo, fuera de las lenguas vivas, hasta sus viajes por Chile y su anterior existencia en la obscuridad. Luego, había el encanto de una prosa límpida, de meridiana claridad, familiar y llana, eminentemente accesible y que no aburría nunca. La palabra literatura, de antaño asociada al aburrimiento apartóse de su viejo compañero y muchos sentíanse orgullosos de entretenerse con los artículos de un especialista que trataba cuestiones técnicas. Don Emilio fué un gran vulgarizador de los asuntos literarios, levantó el nivel intelectual de los periódicos, conquistó un ejército de lectores que antes sólo admitían noticias, política o vida social, creando lectores de libros que con el tiempo harían posible la existencia de autores de libros. Esa fué su gran siembra. Por ella debe contarse entre los educadores de este país.

\*  
\* \*

Solían pedirle sus amigos que escribiera sus memorias personales, seguros de que, visto por él, medio siglo de nuestra historia literaria se habría iluminado. Nunca lo quiso. Una frase suya que la señorita Yutronic reproduce aclara su resistencia:

"Yo sostengo —escribe— y estoy listo para fundarlo en muchos ejemplos, que las memorias pretendidamente íntimas se escriben siempre con el fin de que otros las lean y admiren en ellas la hermosura intelectual, moral y aún corporal del memorialista. . ."

Don Emilio era un clásico y toda intimidad le disgustaba; iba a lo impersonal y

objetivo, a lo útil y práctico, sin ensueños, sin mirarse ni admirarse, con los claros ojos de la lógica abiertos.

Léase su testamento; llega ahí a una intransigencia que tiene algo de belicoso. "Todos mis manuscritos serán quemados —ordena— y prohíbo que ninguno de ellos se conserve y se publique".

Sólo su albacea y heredera podrán conocer su archivo, cartas y papeles manuscritos.

La señorita Yutronic ha respetado esa voluntad enérgica; pero sin violentarla, siguiéndola, ha conseguido una semblanza fiel que a todos los admiradores del gran crítico les evocará su figura, sus palabras, su gesto.

Don Emilio la habría aprobado, y grato le habría sido verla publicada bajo los auspicios de la Universidad de Chile, con la cual él mantuvo siempre cordiales relaciones.

Sus conocimientos, su erudición, sus lecturas, el criterio que lo orientaba, hasta su sagacidad para apartar la buena de la mala semilla, aparecen aquí sostenidos por un sólido fondo moral y se alimentan de una rectitud inflexible e invariable, únicas condiciones capaces de explicar el largo magisterio de un escritor tan sujeto a sospechas, ataques, e incomprendiones como el que sirve ese puesto avanzado de la literatura militante: la crítica.

ALONE.